

Estado, ciudadanía y capital social: Tres lecciones de paz en uno de los países más violentos de América Latina

Alexis Henríquez Torres
El Salvador

Introducción

El Salvador es uno de los países con más homicidios en América Latina desde hace más de cinco años. Un análisis comparativo de la tasas de homicidios de las naciones con más asesinatos en Latinoamérica reveló que, durante el 2005, en el territorio salvadoreño ocurrieron 54.7 homicidios por cada 100 mil habitantes^[1](Henríquez, 2006a). Para entonces Honduras, con problemas de delincuencia juvenil como la nación salvadoreña, tenía una tasa de 40.6 homicidios; mientras que Colombia, sumergido en un conflicto armado y con problemas de narcotráfico, alcanzó una tasa de 33.7 homicidios ese mismo año.

Para el 2006, la tasa en El Salvador llegó a 54.5 homicidios. La reducción mínima de la tasa se produce por el aumento de la población y no por la cantidad de homicidios, puesto que esta pasó de 3,761 a 3,781 asesinatos^[2] en ese año. Aunque es verdad que para el 2007 el número de homicidios se redujo más, al utilizar el nuevo dato de población, producto de un nuevo censo – para obtener la tasa de homicidios – ésta se disparó a 59.6 por cada 100 mil habitantes. Al analizar los datos disponibles por el Instituto Salvadoreño de Medicina Legal (ISML), la Policía Nacional Civil (PNC) y la Fiscalía General de la República (FGR), entre los años 2002 a 2008 (año en que todavía ocurrieron 10 asesinatos a diario, en promedio, como en el año anterior), se puede observar que El Salvador alcanzó un promedio superior al 48.9 homicidios por cada 100 mil habitantes. Esta media es alta a comparación con cualquier estándar internacional (Carcach, 2008: 24). Según la Organización Mundial de la Salud, una tasa superior a 10 por cada 100 mil habitantes es considerada una epidemia. En el mismo período, Colombia registra una tasa 83.2 y se convierte en el país más violento de Latinoamérica, seguido de El Salvador.

Pese al panorama, no todo en El Salvador es así. Al analizar los homicidios por departamentos desde el 2002 hasta el 2007 se puede encontrar que existen alrededor de 21 municipios que no registran asesinatos. Tres de ellos llaman la atención en particular por su pasado violento al estar ubicados en sitios que fueron escenarios del conflictivo armado durante la guerra civil (1980–1992) y por la organización municipal que han alcanzado tras los Acuerdos de Paz entre la guerrilla y el gobierno salvadoreño en 1992.

Uno de ellos es el municipio de San José Las Flores, en el departamento de Chalatenango, que se encuentra con una tranquilidad que hace 20 años no tenía. Bajo las balas y los cañones de la guerra civil, el casco urbano del municipio fue repoblado. Tras los Acuerdos de Paz, la tranquilidad ha reinado en esa población hasta ahora. En el lugar, donde habitan 1,583 personas distribuidas en 26 kilómetros cuadrados, desde hace 15 años no se comete un asesinato.

El segundo de estos municipios es Cinquera, en el departamento de Cabañas, donde históricamente se considera el lugar en el que nació la guerrilla salvadoreña durante la década del 70. Ahí tampoco hay homicidios desde hace más de 14 años. También, todavía bajo las balas, fue repoblado; ahora viven ahí 1,467 personas. Según los datos disponibles desde el 2002 hasta el 2007 del ISML, no han ocurrido asesinatos en esta población. Estos son años en donde el Gobierno enfocó principalmente sus esfuerzos en la lucha contra la violencia social, y en particular contra las pandillas. La cifra de homicidios por día pasó de 7 a 10 en toda la nación durante esos años. Aunque no han sido los años con más homicidios, sí es el período en donde hubo mayor difusión sobre la problemática. Cinquera no sufrió de esta epidemia; y sus pobladores aseguran que de homicidios no se habla ahí desde que la guerra terminó.

Por último Arambala, en el departamento de Morazán, es símbolo también de seguridad. Este es otro de los municipios salvadoreños que sufrió por la guerra civil y que fue repoblado a finales de los años 80. Con una población de 1,821 personas, tampoco existen registros de homicidios desde hace una década. Éstas son pequeñas islas en El Salvador que, aún rodeadas por municipios con tasas per cápita de asesinatos superiores a la media nacional, no han logrado ser amenazados por la ola de crímenes.

Más allá de los factores históricos, a estos municipios los hace semejante también sus condiciones socioeconómicas y demográficas. Por un lado, la cantidad de sus pobladores es muy pequeña. Salvo el caso de Arambala, su espacio territorial y densidad poblacional es semejante. También los hace parecidos el número de personas que viven en el área rural (ver cuadro 1). A esto debemos sumarle el nivel de pobreza en el que viven las personas en esos municipios, que son extremas o altas (FLACSO-FISDL, 2005).

Cuadro 1: Características demográficas y económicas

Municipios	Extensión en Km ²	Densidad Poblacional	Población Urbana %	Población Rural %	Tipo de pobreza
Las Flores	26.22	60	36.96%	63.04%	Alta
Cinquera	34.51	43	30.95%	69.05%	Extrema
Arambala	114.21	16	14.17%	85.83%	Alta

Fuente: Ministerio de Economía (2007), FLACSO-FISDL (2005).

La alta participación en los procesos electorales también los hacen parecidos. Los tres municipios, en las últimas elecciones de alcaldes y diputados – para 2006 y 2009 –, muestran un nivel de asistencia a votar que está por encima de lo registrado en la media nacional, lo que se analizará más adelante.

Ese interés tiene sus raíces en una historia en común, una serie de valores que los hacen similares y las necesidades que los llevan a estar bastante afines con la comunidad. Como explica Carcach (2008), tomando de base otros estudios sobre la prevención de la violencia, es la cohesión social entre los residentes en una comunidad combinada con su deseo de intervenir en nombre del bien común lo que genera bajos índices de criminalidad en una localidad. Estos son algunos elementos indispensables en la construcción del capital social.

La historia y la formación del capital social

El capital social ha servido para explicar diferentes fenómenos sociales, como la violencia y el desinterés que se genera entre los ciudadanos por los procesos políticos debido a la falta de confianza en las instituciones del Estado. Al mismo tiempo ayuda a dar luz a cómo logran reencontrarse las sociedades como un solo cuerpo.

Por capital social se entiende aquellos recursos, “tales como expectativas de reciprocidad o información, derivados de la participación del individuo en una red social” (Herrerros y Criado, 2001)^[3]. Al capital social solo acceden los individuos a través de la participación por medio de las redes familiares, la comunidad de vecinos o una asociación voluntaria.

En Estados Unidos – y poco a poco luego en el resto de América Latina y el mundo –, las redes sociales que dependían de la familia y la comunidad se fueron perdiendo. Primero fue por la revolución industrial, que separó a los trabajadores de un sistema laboral más personal a uno mecánico; luego vino la oleada de migración, donde la multiplicidad de culturas afectaba las relaciones sociales y provocaba rechazo. Luego llegó el crecimiento de las grandes ciudades. Con las nuevas urbanizaciones, el control social se fue perdiendo. Ya los vecinos no se conocían; y cada persona pasó a ser un agente anónimo. Los lazos de confianza y ayuda mutua eran ajenos al nuevo orden social que se estableció.

Si el capital social se fue perdiendo a medida que la nueva era tecnológica abrazó a la humanidad, y más ahora en nuestros días por la globalización, donde el individuo puede desde un ordenador trabajar en su casa y está conectado con el mundo, sin que a la vez esté cerca de él, surge la cuestión de cómo éste se puede recuperar. No existe una respuesta única, pero sí una multiplicidad de discusiones acerca del tema, pues el capital social ha demostrado ser una

herramienta de participación ciudadana y, a la vez, un medio para fortalecer a las democracias. Esto porque en sí mismo el capital social es el conjunto de recursos derivados de las relaciones sociales y que sirven para alcanzar fines inalcanzables en su ausencia. Es decir, el medio por el cual se puede también alcanzar representatividad. Herreros y Criado (2001) explican que “algunas de las formas más relevantes de capital social son la confianza, las obligaciones de reciprocidad y las normas sociales cooperativas”. El capital social puede servir para reducir la brecha diferencial entre aquel conjunto de sucesos sociales que nos preocupan, como la falta de calidad de vida, el desinterés por la democracia y los procesos legalmente establecidos para legitimarla, el acceso a proyectos de cooperación, el mejoramiento de las relaciones entre comunidades distintas, grupos y familias. En los casos analizados, la organización social se origina por la necesidad de sobrevivencia durante la guerra civil; ésta se mantiene una vez terminado el conflicto armado, pero ya habían heredado la confianza, la reciprocidad y normas de cooperación, que son fundamentales para entender el surgimiento del capital social en estas comunidades.

Algunos estudios demuestran que los jóvenes que viven en barrios con mayor capital social no caen en la delincuencia, y sufren menos fracaso escolar. A otros les ayuda a explicar la creación del capital humano, la efectividad de las instituciones democráticas o el desarrollo económico. Para Rosenstone y Hansen (1993) la participación en las asociaciones da a los individuos información relevante que les permite juzgar mejor a sus gobiernos.

Una serie de elementos nos llevan a establecer esta afirmación. Hay que entender que el capital social se encuentra en todos los grupos humanos; y que su materia prima son los elementos socioculturales. Contribuyen a su formación las visiones comunes acerca del comportamiento probable de las personas; los valores comunes que jerarquizan los objetivos deseables; las normas que definen qué se entiende por conductas apropiadas; la religión, los mitos, las creencias; la identidad, las reglas; las alianzas; las leyes aceptadas y respetadas por los individuos. Es una hibridación cultural que viene condicionada, de alguna forma, por la diversidad de actores que integran un grupo. Esto significa que en ese espacio determinado (en un grupo) coexisten y conviven muchos tipos de personas que pueden o no compartir hábitos, valores, maneras de pensar y de interpretar la realidad; y que, a la vez, tratan de armonizar esas diferencias para crear un solo simbolismo. El entrecruzamiento de razas, costumbres, actividades, significados, interpretaciones, sentidos y usos ha existido siempre; y es valioso en la medida en que configura y construye nuevas maneras de pensar, sentir y obrar en los actores sociales, pero en conjunto.

Al hablar de hibridez cultural hay que hablar de cultura, entendida esta última como aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad, como enfatizaría Edward B. Tylor (1995) en sus estudios sobre la cultura. De aquí que la cultura se relaciona con la vida cotidiana y las maneras como la gente vive, sistematiza y semantiza. Desde ésta concepción hay que definir cultura como pautas de significados o, con mayor precisión, como un repertorio de pautas de significados históricamente transmitidos y encarnados en formas simbólicas, en virtud de las cuales los individuos se comunican entre sí y comparten sus experiencias, concepciones y creencias (Roguillo y Fuentes, 1999). La cultura debe estudiarse desde los signos. A la vez la cultura incluye también una dimensión retórica en la medida en que no se limita a la exhibición de los significados sino que tiende también a imponerlos en forma persuasiva a los sujetos inscritos dentro de su ámbito de influencias. Desde esta perspectiva, la cultura implica una especie de retórica de la vida cotidiana (Ibíd.).

Esto último es importante para comprender lo que ocurre en los municipios de San José Las Flores, Cinquera y Arambala: en todos ellos existe una retórica del significado de la guerra y por tal motivo buscan que todo aquello no vuelva a suceder mediante la organización. Una de las formas que encontraron para sobrevivir durante el conflicto armado fue organizándose y uniéndose a la guerrilla; y al llegar la paz, la pregunta para muchos fue “¿y ahora qué?” (Henríquez, 2006b) y la respuesta inmediata fue mantener la organización con el propósito de reconstruir sus municipios y sacarlos adelante.

Hay que reconocer que en cada entorno existen culturas que articulan el tejido social de una manera particular y distinta a la de otros lugares. Por tanto se debe de distinguir que al hablar de

la sustancia del capital social en San José Las Flores éste será totalmente diferente a la forma del capital social que podremos ver en Arambala o Cinquera. En el fondo, en su esencia teórica más pura encontraremos semejanzas y estructuras muy parecidas, pero la conformación y su *modo operandi* será distinto entre cada uno. Estará bastante influenciado por la cultura local, las creencias, sus costumbres y valores; y más por el propósito en sí que la comunidad tenga para estar unida, esos lazos simbólicos y estructurales que les permiten ser un cuerpo.

La teoría y la exploración empírica ha llevado a postular seis formas de capital social (Durston, 2002). Estas diferenciaciones ha permitido conocer los niveles en los que podemos encontrar el capital social en las sociedades. El análisis que Durston hizo para la CEPAL en 2002 concluyó básicamente en lo siguiente:

1) *Capital social individual*: reside en las relaciones entre dos personas. Es un capital de cada individuo, cuyo beneficio y manejo son los propios. Se plantea desde los intereses que tengan dos personas (como en una relación de pareja) donde los intereses afectivos – en el mejor de los casos – establece una relación igualitaria.

2) *Capital social grupal*: es una extensión del anterior, y se genera cuando se cruzan los vínculos de un grupo de personas que se conocen. Los estudios empíricos en América Latina arrojan que eso se logra ver en localidades campesinas con grupos que van de 4 a 12 personas. Tiene aspectos afectivos y de poder; un líder, que suele ser el de mayor prestigio y recursos económicos o políticos. Suele ser este líder el que va reclutando a los miembros de este grupo.

3) *Capital social comunitario*: llega a ser colectivo. No depende únicamente del aspecto afectivo (cada individuo decide con quién relacionarse). Acá es un derecho que se adquiere dentro de la comunidad. Se establecen límites de territorialidad y funcionalidad. Por tanto los miembros de un poblado estarían en el pleno derecho de participar en la toma de decisiones que afecten el territorio. Mientras más compleja sea la institucionalidad y más las diferencias en las relaciones formales e informales, mayor influencia tendrá el capital social. Acá aparecen los procesos, las organizaciones en su etapa inicial.

4) *Capital social puente*: el capital social individual, grupal o comunitario puede entrar en contacto con personas, instituciones o grupos distintos. Permitiría la asociación colectiva en un segundo nivel, que vendría a ser un grupo sólido conformado por distintos sectores en una amplia comunidad. Permite comenzar a gestionar proyectos más ambiciosos que aquellos a los que se puede llegar de manera individual, como la construcción de un movimiento.

5) *Capital social de escalera*: se da cuando un autor (persona, grupo o comunidad) de escaso poder está conectado verticalmente con otro de mayor poder de forma análoga, donde puede existir relaciones de confianza, reciprocidad y cooperación de una parte hacia la otra.

6) *Capital social societal*: vendría a explicar lo segmentadas que están las sociedades y cómo estratificar esas diferencias. Expondría las distintas formas en que el capital social se da en diversos estratos sociales y cómo estas se encuentran en una interfaz con las instituciones del Estado.

Parte de los postulados servirán más adelante para analizar lo que sucede en los municipios estudiados. Esto contribuirá a entender cuál es el diálogo que existe entre éstos y los conceptos de Estado y ciudadanía.

El Estado y ciudadanía en el marco de la construcción del capital social

La interfaz entre los actores sociales y el Estado se encuentra en todos los estratos sociales. Resulta inverosímil pensar que solo aquellos con poder económico o político pueden tener relación con el Estado e influir en él. En realidad, las relaciones se dan de diferentes formas: los más cercanos con su influencia y los más lejanos con su servilismo. Es decir, aquellos que no logran tener poder de decisiones, también son empujados a votar en las urnas a cambio de “algo” material. Algunas veces sin un poder de decisión propio, obligados a votar como sucede en algunos países. Otros con un poder que reside en el cabildeo, el lobby y el clientelismo, con

los que logran influenciar en las decisiones de los gobernantes y los legisladores.

En sí el lobby, el clientelismo y el cabildeo no son malos, sino que son utilizados con mayor frecuencia por los más influyentes en términos políticos o económicos para sus intereses personales (Durstun, 2002). Al analizar los planes contra la pobreza en El Salvador se logra esquematizar la línea que va desde el clientelismo hasta el capital social, esas dos máximas que se contradicen entre sí. Estos planes, según su planteamiento, lograrían ser exitosos en sus fines si logran tener sinergia: coproducción entre el Estado y la sociedad civil. Pero es en el capital social donde podemos encontrar la influencia de la mayoría por sobre la minoría, y es acá donde los pequeños grupos de poder (con su capital social muy a la usanza de los patronos coloniales en América Latina) y sus intereses podrían verse desplazados por la mayor influencia social.

Y es que la existencia del capital social permite a los miembros de una comunidad superar los dilemas que plantea la acción colectiva y que impiden, si no son resueltos, establecer mecanismos de cooperación estables. Por esta razón, la abundancia de capital social asegura la existencia de instituciones de gobierno afectivas (Boix y Posner, 2000). Cuando el Estado no logra cumplir con las demandas sociales, son los ciudadanos los que vienen a tomar las riendas.

Llama la atención que la participación ciudadana no tiene mucha importancia para los ciudadanos de América Latina. En Estados Unidos ocurrió algo totalmente diferente cuando el capital social venía en declive. Se crearon asociaciones religiosas, la cruz roja, movimiento de scaut, el sindicalismo, que venían e intentaban recuperar esos lazos sociales (Putnam, 2004). El capital social no se encuentra solamente entre las comunidades, sino que también puede extrapolarse esa experiencia al nivel de las asociaciones.

Una sociedad llena de asociaciones con finalidades únicas y exclusivas pueden chocar con los intereses de otras asociaciones. Puede que la sociedad entonces tenga mucho capital social, pero a la vez esto no significa que se pueda conseguir plenamente cooperación social.

Pero en Latinoamérica, la participación ciudadana se sitúa en el quinto lugar de la importancia de los ciudadanos incluso al sumar la participación política (Latinobarómetro, 2007). El apoyo a la democracia en América Latina ha fluctuado entre el 58 por ciento en el año 1995 al 54 por ciento en el año 2007; llegando a su valor más alto, un 63 por ciento, en 1997.

En la medida en que existan expectativas mutuas y los resultados diarios incentiven a cooperar, más serán los que se vayan sumando a estos grupos; y junto a esto los niveles de participación. Aquí se introduce otro elemento: la efectividad de las instituciones políticas y las del Estado mismo. Con resultados visibles – que no sirvan como escaño para llegar al populismo, sino al desarrollo –, así es que podría aumentar el nivel de participación de los ciudadanos. El mismo Putnam (1994) señala, en su estudio sobre la experiencia en la descentralización administrativa en Italia y como esto ayudó a que la democracia funcione, que los resultados incentivan a cooperar. El norte de Italia viene a ser un ejemplo para Putman, pues resulta ser un equilibrio virtuoso que se deriva de expectativas de cooperación que se alimentan a sí mismas.

Hay que identificar si la asociación que nace del capital social tiene como finalidad la creación de bienes públicos o privados. La construcción de escuelas puede ser entendida como un bien público. De estas asociaciones cabe esperarse que estén dedicadas a producir un capital social más fuerte que las dedicadas a la generación de bienes privados (Boix y Posner, 2000). Pero el capital social puede desaparecer en una asociación de beneficio público en un largo plazo, pues sus planes se pierden al alcanzar los objetivos. Entonces se vuelve necesario reformular.

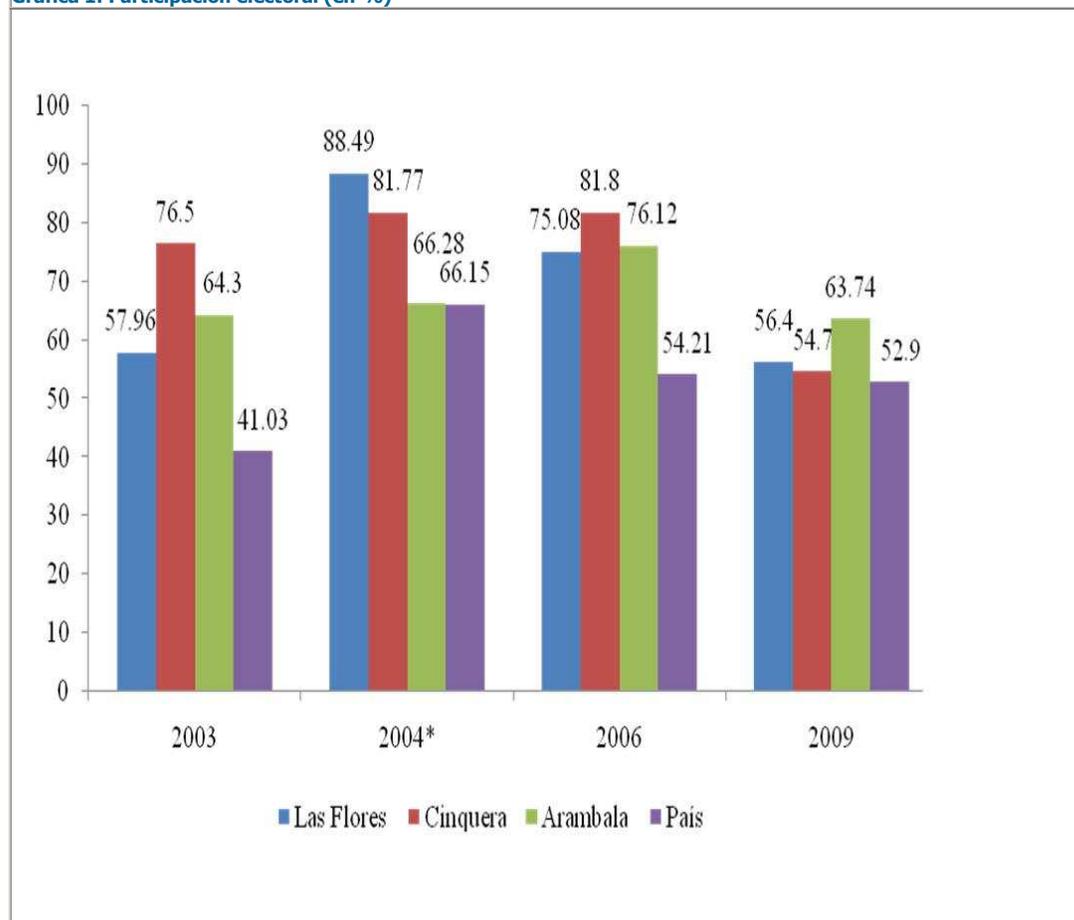
Se propone entonces que el capital social sea medido en aquellos aspectos que generen participación. Tal es el caso en la lucha contra la violencia social y cómo los niveles se reducen y se mantienen bajos; la tasa de escolaridad; y la participación de la ciudadanía en los procesos democráticos. En éste último caso, en San José Las Flores, Arambala y Cinquera podemos encontrar una alta participación en los procesos democráticos, superior a la media nacional del país en las últimas tres elecciones (ver gráfica 1). Con esto se puede conceptualizar una democracia perfectamente competitiva (Boix y Posner, 2000), en donde los ciudadanos están bien informados para participar en los procesos y ser parte de ellos; permite que se movilicen

rápidamente para buscar satisfacer sus demandas. Los políticos tratarían de satisfacer las demandas de los ciudadanos, pues estos son votantes, y gobernarían de acuerdo con sus preferencias. El capital social produciría, desde el momento en el que los ciudadanos sean capaces de responsabilidad a sus representantes por la calidad de buen gobierno, lo que Boix y Posner (2000) definen como “consumidores sofisticados de política”.

Lecciones para la construcción de paz

Es precisamente lo anterior lo que nos lleva al análisis de los municipios al norte de El Salvador. En San José Las Flores, primero los ciudadanos interiorizaron sus necesidades en común: ellos compraron el casco urbano del municipio para escriturar las tierras al terminar la guerra (búsqueda de bienes inalcanzables por separado); pidieron que se instalara ahí uno de los primeros puestos de la PNC y el regreso de la alcaldía (relación entre la ciudadanía y el Estado). Esta situación se repitió en Cinquera y Arambala. En sus inicios, las necesidades abundaban: no tenían agua potable, los caminos al municipio eran casi intransitables y las casas estaban deterioradas. Poco a poco se fueron organizando, hasta alcanzar los objetivos en común (Salinas y Henríquez, 2005; Henríquez, 2006b; Martínez, 2009).

Gráfica 1: Participación electoral (en %)



Fuente: Estadísticas del Tribunal Supremo Electoral de El Salvador, 2003-2009.

*Nota: los resultados de 2004 comprende la elección presidencial, mientras que para el 2003, 2006 y 2009 : trata de la elección de alcaldes y diputados.

Hay que recordar que existe capital social en todos los estratos sociales, y que es posible que exista sinergia entre ellos – y esto pese a los intereses económicos, políticos o sociales que puedan existir. Aún bajo el concepto de la multiculturalidad en algunas regiones y del hábitus de

cada individuo, el gran paraguas de la cultura puede ser el puente, la escalera y más tarde el *Capital social societal* del que hablaba Durston. Pero entiéndase que esto no nacerá por la cultura, sino que la cultura será el escenario en donde se facilitará este encuentro. Por tanto, es en la cultura donde el capital social hará funcionar la democracia, formando una cultura democrática, donde todos se sienten en la necesidad de participar. Lo hará facilitando lo que Boix y Posner (2000) nombran como “democracia consocial”, y que vendría a ser una democracia que logra superar la existencia de subculturas fuertemente antagónicas. Las élites en el poder gobernarían, en el mundo perfecto, mediante decisiones consensuadas.

El capital social se puede construir haciendo realidad el capital sinérgico que encierra el trabajo conjunto de las organizaciones cívicas y el Estado (Putman, 1994). Se comenzó a hablar del capital social por cómo el progresismo aportó modernidad y provocó individualismo. El movimiento progresista puede constituir una fuente de inspiración, ya que el diagnóstico de desaparición del compromiso cívico que generó su formación se podría aplicar a la sociedad actual en occidente (Ibíd.), pero a la vez cómo dio surgimiento a esos movimientos cívicos que contribuyen a recuperar el control social que se tenía con el capital social.

Esto lleva a estudiar el concepto del empoderamiento. El empoderamiento nace, no se genera (Staples, 1990). Es un proceso selectivo, con alevosía, premeditación, y que lleva en sí un propósito específico. De aquí que si las sociedades no están organizadas para llegar a consensos, el empoderamiento sería imposible. Otros vendrían a criticar que el empoderamiento sí se puede generar. Sin embargo esta es una discusión aparte y que continua en el debate intelectual.

La comunidad en Arambala, Cinquera y San José Las Flores, artos de la violencia por la historia en común que compartieron, comenzaron a tomar las riendas de su historia para encontrar soluciones; y lograron empoderarse de solidaridad por los ciudadanos que conformaban la sociedad. Otras características, como la reciprocidad, se fueron construyendo a partir del cabildeo con las organizaciones sociales, como aquellas que llevaron a establecer un consejo de seguridad en San José Las Flores, en Cinquera y en Arambala. Une a estos municipios que sus pobladores están al pendiente de las decisiones que se toman en temas de desarrollo social.

Tanto así que en Arambala la comunidad tiene voz por medio de la asociación local de desarrollo comunal, integrada por 10 directivos que se reúnen por lo menos una vez al mes con el alcalde para solventar sus necesidades (Salinas y Henríquez, 2005). Por otra parte, las asociaciones han formado un tejido tan sólido en Cinquera que, aparte de reaccionar con agilidad cuando un problema comienza a gestarse, son las que, por ejemplo, asumen tareas de coordinación y ejecución durante emergencias (Henríquez, 2006b). Mientras que en Las Flores la organización es tal que cuentan con una directiva integrada por la policía, el juez de paz, el párroco y representantes de la comunidad, y sirve para resolver todo tipo de problemas de forma conciliatoria y no punitiva (Salinas y Henríquez, 2005). Esto demuestra lo que Putnam (1994) señala, cuando dice que los resultados permiten que se mantenga la organización y que se genere más confianza en las instituciones y sus representantes. Es decir, hace que la democracia (esa que no es solamente electoral) funcione.

Esto hace concluir que en estos municipios existe un *capital social comunitario*, puesto que la forma en la que han trabajado las diferentes comunidades no solo en el tema de la reducción de la violencia, sino en los procesos para llevar diversidad de proyectos a la comunidad (agua, electricidad, caminos rurales, la mayoría gestionados en conjunto con ONG) es en base a la participación en la toma de decisiones que afecten el territorio. Y también un *capital social puente*, ya que los miembros de la comunidad no trabajan solamente entre ellos o con agentes externos, sino que buscan coordinación con sus alcaldías. La democracia se refleja de diferentes formas en estos casos, pero lo trascendental es cómo el involucramiento de los ciudadanos en la toma de decisiones vino a ser la pieza fundamental que llevó a ser participativos y así a mantener bajos los índices de violencia.

Podemos estructurar ese desarrollo en base al siguiente esquema:

1) La generación de capital social dentro de las comunidades.

a. En concreto, tomando como referencia el estudio de la CEPAL, se creó capital social comunitario. En uno de los estudios realizados por el Programa de Naciones Unidas para el

Desarrollo (PNUD) en El Salvador, titulado: "Aportes para la convivencia y la seguridad ciudadana", se le apostaba a la organización y en la acción vecinal para resolver los índices de violencia en la nación.

b. El capital social puente también existiría dentro de las comunidades, debido a esa estructura que permite poner en común los programas de las alcaldías con el de las organización comunales, y coexistiendo en asociaciones o directivas los intereses de los miembros de la comunidad.

2) La existencia del sentido de ciudadanía:

a. Expresada, en un primer plano, en la alta participación de los procesos electorales;

b. Y, en un segundo escenario, en la existencia y participación de los ciudadanos en las organizaciones comunales.

3) Y la participación del Estado:

a. Representado, por su cercanía, en las alcaldía. Salvador Samayoa, ex coordinador del programa Sociedad sin Violencia y firmante de los Acuerdos de Paz en 1992, señalaría durante su gestión que el protagonismo de las municipalidades es otra de las deficiencias graves a escala nacional para poder construir una sociedad pacífica. Pero los casos acá mostrados serían la excepción a esa regla.

b. El involucramiento del resto de instituciones en los municipios, como la Policía o los juzgados de paz, que como hemos señalado antes, existe y contribuye en estos municipios.

Conclusiones

Un obstáculo que se observa para generalizar los resultados encontrados, a fin de ponerlos en práctica en otros municipios y latitudes, es que la muestra no es representativa. Sin embargo, debe de señalarse que las prácticas realizadas por la comunidad son un primer paso que nos sirve de acercamiento para entender el fenómeno del capital social y cómo éste puede contribuir en la reducción de la violencia. Es evidente que en estas sociedades, muy semejante a varios municipios salvadoreños por el tamaño de la población y con la misma situación socioeconómica, no poseen la misma organización para trabajar en conjunto a fin de salir adelante.

También debe de señalarse que las particularidades en estos casos ha sido relevante para marcar su condición actual, puesto que la historia que enmarcan a estos tres municipios son semejantes: a lo largo de los últimos 17 años, desde la firma de los Acuerdos de Paz, las personas que viven en estos lugares han mantenido una serie de costumbres y valores que fueron herencia de la guerra; muchos de ellos sufrieron por las violaciones de sus derechos humanos o formaron parte de la guerrilla salvadoreña y, por ende, ahora han logrado mayor conciencia para hacer valer sus derechos a la vez que mantienen una estructura organizativa como herencia de su participación militar en el conflicto. En tal sentido, esto mismo podría ocurrir (y de acá que pueda salir a futuro varios análisis similares) en lugares donde existió conflicto armado, como Nicaragua, Brasil y Perú e incluso Colombia, donde todavía la violencia se mantiene.

Bibliografía

Boix, Carles y Posner, Daniel, *Capital social y democracia*, Madrid, Revista Española de Ciencia Política, Vol. 1. Núm. 2, 2000.

Carcach, Carlos Alberto, *El Salvador. Mapa de Violencia y su referencia Histórica*, San Salvador, Centro de Monitoreo y Evaluación de la Violencia desde la Perspectiva Ciudadana, 2008.

Durston, John, *El capital social campesino en la gestión del desarrollo rural – Díadas, equipos, puentes y escañeras*, Santiago de Chile, CEPAL, 2002.

FLACSO – FISDL, *Mapa de pobreza*, San Salvador, 2005. 3-08-09, en

<http://www.redsolidaria.gob.sv/content/view/678/47/>

Henríquez, Alexis, *Los 20,000 KM² más letales*, San Salvador, Revista Enfoque, La Prensa Gráfica, 2006a. 27-03-09, en <http://archive.laprensa.com.sv/20060115/enfoques/394579.asp>.

Henríquez, Alexis, *Municipios cero homicidios* <http://archive.laprensa.com.sv/20060528/enfoques/499910.asp>. San Salvador, Revista Enfoque, La Prensa Gráfica, 2006b. 12-04-09, en

Henríquez, Alexis, *La evolución de los homicidios*. San Salvador, Periódico digital El Faro, 2007. 15-04-09, en <http://www.elfaro.net/secciones/Noticias/20061211/homicidios2006.swf>

Herreros, Francisco y Criado, Henar, *El problema de la formación del capital social. Estado, asociaciones voluntarias y confianza generalizada*, Madrid, Fundación Univ. España, 2001.

Latinobarómetro, *Informe anual*. Corporación Latinobarómetro 2007. Santiago de Chile, 2007. 25-07-09, en: <http://www.latinobarometro.org/>

Martínez, Carlos, *El pueblo de los irreductibles*. San Salvador, Periódico digital El Faro, 2009. 30-09-09, en http://www.elfaro.net/secciones/especiales/el_salvador_sin_muerte/los_irreductibles.html

Ministerio de Economía de El Salvador. *Censo de Población y Vivienda 2007*, San Salvador, 2007. 25-07-09, en <http://www.censos.gob.sv/util/datos/Resultados%20VI%20Censo%20de%20Poblaci%F3n%20Vivienda%202007.pdf>

Putnam, Robert, *Solo en la bolera: colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*, Barcelona, Círculo de letras, 2002.

Putnam, Robert, *Para hacer que la democracia funcione*, Caracas, Editorial Galac, 1994.

Reguillo, Rossana y Fuentes Raúl, coord., *Pasar las ciencias sociales hoy*, México, ITESO, 1999.

Rosenstone, Steven J. y Hansen, John Mark, *Mobilization, Participation and Democracy in America*, New York, Macmillan, 1993.

Salinas, Carlemy y Henríquez, Alexis, *La paz de la que no se sabe*, San Salvador, Revista Enfoque, La Prensa Gráfica, 2005. 27-03-09, en <http://archive.laprensa.com.sv/20050508/enfoques/enfoques01.asp>.

Staples, Lee, *Powerful ideas about empowerment*, Administration in Social Work, vol. 14, N° 2, 1990.

Taylor, Edward B. "La ciencia de la cultura", 1871. En: Kahn, J. S. (comp.): "El concepto de cultura". Anagrama, Barcelona, 1995.

[1] Varias de las tasas que se han elaborado entre los años 2005 a 2007 fueron hechas utilizando las proyecciones del censo de población realizado en el año 1992. Estas proyecciones arrojaban una población casi de más de 7 millones para el año 2006. Sin embargo, tras realizarse el nuevo censo en 2007 y ser revelado sus datos al año siguiente, se ha conocido que la población en El Salvador es de 5.9 millones de habitantes. Con la nueva cifra, las tasas de homicidios se dispararían mucho más, considerando que en la nación salvadoreña el número de homicidios a diario no se ha logrado reducir.

[2] Los datos son tomados de los registros de homicidios facilitados por el Instituto Salvadoreño de Medicina Legal en 2005 y 2006, para los años comprendidos entre el 2002 hasta el 2006. A partir de este año se homogenizaron con un formulario único, entre la Fiscalía General de la República, el Ministerio de Seguridad y Medicina Legal; quienes a inicios de cada mes se reúnen

para cuadrar los resultados. Sin embargo, el acceso a esta información se ha burocratizado y es más complicado desde entonces adquirir los datos.

[3] Con esta definición se puede entender que el capital social tiene un estrecho vínculo con lo que tiene que ser el acceso a la información de interés público, y no solo pública, como la fiscalización de las cuentas bancarias de los ex funcionarios al terminar sus funciones; o a los registros y bases electorales; pues es en la información libre y transparente donde se comienza a construir la confianza en las instituciones públicas y hacia quienes las representan. Esto lleva a establecer legitimidad, lo que hace más fácil el funcionamiento de las instituciones públicas.

Programa Andino de Derechos Humanos, PADH
Toledo N22-80, Edif. Mariscal Sucre, piso 2
Apartado Postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador
Teléfono: (593 2) 322 7718 • Fax: (593 2) 322 8426
Correo electrónico: padh@uasb.edu.ec